

gentes, que hallan mas cómodo creer que examinar, es un poderosísimo instrumento de las invenciones humanas, pero ningun valor tiene de por sí, hasta tanto que no recomponga sus elementos la síntesis, hasta tanto que no se coordinen con la majestad de una idea los casos particulares.

Por consiguiente, si se reúnen los adelantos especiales de las artes, ciencias, opiniones para explicar la completa perfeccion del linaje humano, adquieren un sentido muy superior en una historia universal. Ya no se presenta entonces Ciceron como un mero orador y un traductor, que por doquiera que ponga el pié hace brotar flores, sino como un ciudadano que tiene grande valimiento en toda la política de su época; no nos revelarán únicamente la proteccion de un rey, la escuela de Alejandria y la Academia francesa; un sistema de filosofía deja de ser mera doctrina de escuela, en cuanto llega á inspirar el suicidio á Bruto, ó á poner las armas en las manos de los estudiantes de la universidad de Alemania; pueden los errores de un predicador engendrar treinta años de guerra; puede un falso concepto impulsar el pensamiento mas allá, destruyendo otros falsos conceptos: por ejemplo, sustituyendo á la accion incomprensible el pensamiento fundamental de un mecanismo cualquiera, harán los torbellinos de Descartes revivir la buena filosofía, induciendo los mejores talentos á refutar semejante opinion.

Con todo, así como creyó Lacaillle deber conducir su lector á la superficie del sol para hacerle entender los movimientos celestes, así he conceptuado yo que era conducente referirlo todo al hombre, como al rey de la creacion; rey y polvo, que se ve sometido á corpúsculos y está dominando la naturaleza; que es un punto imperceptible en el universo, y lo está abrazando todo con el pensamiento; que dura un dia, y se perpetúa en la tradicion; que por consiguiente es el único que entre las criaturas pueda tener una historia, como es el único que pueda escribirla.

En este caso ya no se levanta esta llena de orgullo encima del sinnúmero de hombrillos para detenerse á mirar ufana únicamente las sumidades; sino que va indagando en qué estado se encuentran por allá en punto á conveniencias, doctrinas, libertades, costumbres; á veces tiene lugar de admirar lo que era mirado con desprecio, ó al contrario; ve á los héroes mas verdaderos, mas reales, cuando los ha puesto en relacion con su época; y entre el crecido número de menudos accidentes atribuye una significacion á los que contribuyen á los destinos de la humanidad. Una idea mas noble y justa de la importancia y del objeto de las ciencias corrige el hábito, harto extendido hoy día, de buscar la utilidad práctica inmediata, lo cual detiene los adelantos deteniéndose en las aplicaciones, y con el hecho de reirse de los trabajos puramente especulativos, se olvida

de que de las teorías formadas por una pura idea científica proceden siempre las grandiosas aplicaciones. Sentado que es el hombre la imágen de Dios, y obligado á perfeccionarse para parecerse á su Padre, que está en los cielos, ya le tenemos libre del deber de sacrificar su igualdad, dignidad y conciencia á las órdenes de otro que fué creado lo mismo que él para conseguir la felicidad en la armonía universal. Por este medio se ponen de manifiesto injusticias encubiertas con el nombre de legalidad; se sujetan á nueva discusion errores que habian consagrado los siglos, y se dilucidan las mejores vias para alcanzar el puerto, donde se pone de acuerdo la voluntad de los gobernados con la de los gobernantes, pues así unos como otros se acomodan á una justicia superior á los convenios humanos.

Quien desempeña este grandioso cargo, tiene que hacer imposiciones y verificaciones, reunir y separar los objetos, y adquirir la plenitud de la potencia científica, pasando continuamente de la vida pasiva á la activa, de la imaginacion al racionio, de la doctrina á la poesia. Segun esto, á no equivocarme, sobrado desprecio del sentimiento en pro de la razon hace nuestra época, predicando que para nada convenga aquel á la infancia de la sociedad, y esta á su edad viril. Sin embargo, sin decir que no es vigor la aridez de miembros reunidos, puede formar un cadáver el estudio, mas no infundirle vida; puede ciertamente la demostracion científica señalar con el dedo la oportunidad de un acto, pero no queda resuelta la voluntad mas que con hacerlo amar. Así dice verdad la historia, siempre han sido las inspiraciones del ingenio las que han dado al hombre el primer impulso para buscar su destino y se lo revelaron; y en todo tiempo y lugar los que hablaban al corazon fueron los directores de la sociedad.

Preparado con tales pensamientos á la historia universal, en vez de imitar á los que la distribuyeron por pueblos, debí imprimirla en una marcha paralela á los tiempos (1); ó incluir en mi cuadro (ademas de la política) la vida social con todos sus elementos, es decir, conocer, sentir, obrar.

Pero ¿quién presumiria abarcar todo el saber humano?

En mi concepto, no se exige tanto de un historiador universal; y á haberlo pensado yo así, muy merecidas tendria las bufanadas con que un conciudadano se burló de mi presuncion. Estamos en unos tiempos en que toda parte del saber, no solo se ha entregado á sublime vuelo, mas tambien se ha popularizado: de modo que, en no muchos años, puede un hombre de mediano talento, pero constantemente aplicado, llegar á un punto de desarrollo que durante largos siglos alcanzaron muchos

(1) Pongo remedio á los inconvenientes que presenta este sistema, menores sin embargo que los del sistema etnográfico, con las frecuentes indicaciones de los años notados en las márgenes, y con las tablas razonadas puestas al fin.

hombres de talento, consagrando todas sus fuerzas al mismo objeto. Así en un instante halla el discípulo en las tablas el logaritmo ó la ecuacion média del movimiento de un planeta, que por el espacio de siglos causó muchos trabajos y errores á los maestros de la ciencia.

Resumir en un concierto de doctrina homogénea las luces, sin que en él se note el desorden de una reciente adquisicion, me ha parecido mi deber; y que tanto el público como mi conciencia debieran pretender, no que supiera yo todas las cosas, sino que las presentara lo mejor que pudiera y las pusiera en orden bajo un solo aspecto. Esta y no otra es la única originalidad que á la historia puede pedir quien no sea ó corto, de entendimiento, ó arrebatado por una pasion de celos ó ira. Por consiguiente, claramente y á menudo he confesado que creía yo ser un deber para mí el sacar provecho de cuanto habian hallado los sabios, los filólogos, los anticuarios, y de los juicios que de los hechos y de los ingenios formaron estos (1). Es mi trabajo sintético que debe por necesidad subir mas que los fundamentos y componerse de materiales que hayan preparado otros. ¿Se inventa acaso la historia? ó bien ¿bastaria por ventura una vida entera para examinar y ponderar cada hombre, cada suceso, cada composicion literaria, cada sistema filosófico, cada paso de las ciencias universales? ¿y no sería quizás mi pretension aun mas loca que soberbia, si solo quisiera decir cosas que jamas se hubieran dicho, y en cada pensamiento y juicio decir lo que proviene de mí mismo y lo que es debido á otro? Cualquier lector sensato y leal notará muy bien dónde hablo por mi propia experiencia, y hallará que no es con poca frecuencia; tocante á lo que cuento afianzándome en autoridad de otros, doy de nuevo aquí mis gracias á los autores, y no creeria desquitarme con ellos de un modo mas airoso que haciendo buen uso de sus trabajos. ¿Qué mayor gusto puede experimentar un maestro que enseñó un idioma á álguien, que el de oírsele hablar bien?

(1) « ¡Oh! ciertamente no se inventaron los acontecimientos; tendrán los grandes adelantos hechos estos años en los estudios históricos que ser aprovechados por cuantos tratan de ellos, y yo creeria ser inútil á mis lectores, si tal no hiciera. » *Manifiesto.*

« Siempre he examinado yo las fuentes á que he recurrido, pero he dejado aparte el faustoso vicio de cargar de citas todas las páginas. Refiérense siempre las mias á los hechos ó al orden general por lo que toca á las reflexiones especiales ó á los pensamientos, que hubiese yo podido tomar á uno ó otro, declaro quedarles agradecido; pero habiendo considerado como deber mio el sacar provecho de cuantos me han precedido, me ha parecido que tenia derecho á lo que pudiera hallar conforme con mi designio. » *Introduccion.*

Despues, por motivos que facilmente cualquiera entenderá, he sido algo mas largo en las citas; y por este medio he hecho mas fácil el trabajo de quien se pusiera á buscar las correspondencias indicadas por mí. Generalmente he ahorrado las citas en el relato, pero las he puesto copiosamente en las reflexiones y la doctrina. Será un verdadero defecto de mi obra el no apoyarse siempre en las mejores ediciones: consiste mi disculpa en que me hallo en un pais donde existen numerosos y rudos obstáculos, al mismo tiempo que faltan y son nulos los auxilios tanto de la ciencia como de la benevolencia.

¿Se quejaria acaso el que hubiese desmontado un terreno y lo hubiese limpiado de las malas yerbas, si viera venir á otro tras su arado sembrando lo que tenia que producir para el bien comun? ¿No dejaría de ser triste para uno, si se creyera obligado de volver á la tabla rasa por una pasion loca por la originalidad, lo mismo que quien quisiera arrastrarse con trabajo por las cimas del Estelvio ó el Simplon, mas bien que andar con paso expedito y seguro por camino que otro hubiese preparado, para que pudieran adelantar los que mas tarde vieran despues de él! Pues mi trabajo, lo mismo que cualquier otro trabajo, es una mezcla de lo que es general con lo que es individual; y sea cual sea el éxito, yo seré el primero en Italia y aun (á lo ménos, que sepa yo,) afuera, que dé á luz por sí solo una historia universal bastante grande, en la que vayan de frente las diversas naciones, y con ellas, peregrinas inmortales, las artes, las ciencias, la civilizacion.

Al hojear las mejores obras, hallaba constantemente supuesta en ellas la lectura de otras muchas, y continuas remisiones á pruebas y discusiones esparcidas en cien autores, me propuse evitar semejante vicio: no destinando mi trabajo ni á los mas sabios ni á los ménos sabios, reuní en mi obra, al paso que muchas noticias raras, otras afortunadamente comunes ó que ya habian repetido varios, para no poner á los lectores en la precision de ir buscando en otros libros el medio de entender el mio, que cabalmente se proponia compendiarlos. Para esto sirve la coleccion de los *Documentos* que deben formar un curso de lecturas instructivas siempre, gratas á menudo, y unidas entre sí por medio de los vínculos que tienen con mi *Relato*, al cual sirven de prueba y explicacion. Es un consuelo para mí el ver que tiene generalmente aceptacion esta coleccion: el que me preguntó por qué no he dejado para los documentos algunas discusiones, que he puesto en el texto, tal vez no ha entendido de un modo suficiente mi intento, que consistia en hacer de modo que conservara este su integridad prescindiendo de aquellos (*).

Graves dificultades me oponia tambien un idioma como el nuestro, en el cual (por culpa de los sofismas de los sabios y de la necia vanidad de los municipios) todavia no hemos salido de las cuestiones mas elementales, y en el cual cualquiera que pone la mano se precia de haber desatado el nudo, sin que por esto conozca quizás su cabo. Por lo cual, queriendo yo hablar del uso vivo como consta á quien tiene la paciencia de examinar mis opiniones discutidas

(*) En la octava edicion de Turin, queriendo hacer mas popular esta historia, reduciéndola al tamaño y precio mas bajo que se pudiera, separámos los *Documentos*. Pero tal ha sido la conformidad de los socios en pedirlos de nuevo, que hemos tenido que volverlos á imprimir. Por esto los hemos conservado igualmente en esta nona edicion con varias adiciones que soporta, y hasta exige su naturaleza.

en otra parte (1), he creído y creo que el medio más acertado de tener un idioma es hacer uso de él, y ensanchar el círculo de la conversación hablando de cosas en que pueda tomar interés toda la nación. El que sabe deshacerse de una mezquina fidelidad al tiempo pasado, hallará indispensable adoptar los vocablos y las formas inusitadas de los clásicos, que escribían para su tiempo, y que la Academia de la Crusca (que por cierto no es un tribunal infalible, pero sí maestra venerable) citaba como testimonios de los hechos, y no como estorbos para obrar distintamente. Teniendo que relatar algo que jamás se ha dicho en su lenguaje, me he impuesto la tarea de jamás renunciar esta santa y última herencia nacional de la lengua, pero sin por esto faltar á la exactitud: continuamente consulté el uso de los autores y de los que hablan de un modo castizo: perdónese una que otra voz menos común, alguna elegancia inusitada á las necesidades de la variedad y (¿para qué disimularlo?) á los hábitos de la escuela: perdónese al uso de libros recientes, y de dialectos, que no son toscanos, algún neologismo poco necesario que se me hubiere escapado, sin querer: habiendo por otra parte aspirado siempre á la pureza del lenguaje, pero aun más al sentido propio de las voces, el cual no se separa de aquella, sino solo en los preceptos serviles y en las rabiosas diatribas de gentes que quisieran ver morir en Italia el idioma lo mismo que todo lo demás.

Para un proyecto, que bastante grandioso me pareció, pedí la cooperación de los mejores, y no se me rehusó del todo, del todo; pedí consejos, y alguno se me dió con mucho garbo; pedí respeto y tolerancia, y se me negaron; y lo que no hubiera yo revelado en un siglo de civilización, hallé maestros, que querían hacerme pensar á su modo, ántes que se pusieran de acuerdo ellos mismos, y que hubieran refutado mis argumentos de otro modo que con una ligera sonrisa. Hincar la rodilla delante los ídolos, porque se les adora, jamás ha sido ni será mi costumbre; allá en mi interior me dice cierta voz que es indigno decir una cosa y pensar otra, y me impide sacrificar convicciones bien ponderadas á las afirmaciones de quien es poderoso ó de quien grita. Por lo mismo (dígase sin desprecio) me cabe mucha satisfacción por haber sabido conservar mis opiniones y manifestarlas francamente en un tiempo en que es grata la penumbra de los sistemas, la oscilación de las creencias, la vulgaridad del justo medio.

Espero ahora haber respondido á quien halló que, en medio de la vivacidad de una reputación, habría yo hecho un despreciable lío de todos los clásicos, en primer lugar con apelar á mis propias palabras, no mutiladas ni disfrazadas por la deslealtad; en segundo lugar con probar que había yo leído los que juzgaba; y por fin, con demostrar que una cosa es reprobarlos, como hice en cuanto á algunos en la

(1) En el *Ricoglitore* y en la *Revista europea*, 1835-38.

Introducción, relativamente á una idea que les faltó, es decir, la fraternidad universal y el progreso, y otra cosa el ponderarlos cada cual según su tiempo y su arte. ¿Quién podría hablar de esclavos sin hacer un cargo á Aristóteles, que racionalmente quiso sancionar tamaña y enorme injusticia? ¿Quién sin embargo se negaría á colocarle á la cabeza de los hombres meditadores?

Y porque contaban entre las sumidades, y entre las sumidades les ponía yo, he juzgado que tanto el respeto de tantos siglos como el de mí mismo me dispensaban de aquellas tímidas fórmulas que para con los vivos impone la urbanidad. Si por el contrario hay quien haga servir la gloria de los muertos, que le son desconocidos, para ajar los vivos á quienes tiene envidia, yo me precie de no imitarle.

Por otra parte alguno opinó que me fiaba yo con demasía en los oradores, poetas, artistas, que comunmente no son las fuentes de la historia. Si de ellos me he valido así para probar como para reprobar, si se me ha pasado por alto cuanto debe uno esmerarse en dejar aparte las obras de ostentación, si he tomado por un reflejo de civilización una inspiración personal, recaiga sobre mí la culpa.

Asumo de buena gana la responsabilidad de las ideas que son ó que parecen nuevas, y la culpa de tener razón demasiado presto. Tengo presente que se metió á Fréret en la Bastilla porque había dicho que no constituían los Franceses una nación distinta, y que sus primeros jefes habían recibido del imperio romano el título de patricios. Recuerdo que los señores Svizzeri sentenciaron á muerte al historiador, que fué el primero en tachar de fábula la acción de Guillermo Tell. Es demasiado crecida la multitud de los que con ambas manos se pegan á lo pasado: en cuanto á nosotros, nuestro símbolo es el progreso, nuestro grito de batalla, *adelante*.

¿He hablado mal de los enciclopedistas y de Voltaire? Á fe mía, no hubiese yo creído que estuviesen sentados en un pedestal en mi patria los que desde mucho tiempo ya fueron derribados al suelo en la suya. Pero ¿qué les hemos de hacer? ¿meternos en disertaciones? Mas valdría que los contradictores desmintieran los hechos que yo aduzco, y no con alfilerazos ni con calificaciones insultantes. ¿Oponer autoridad á autoridad? Tanto superabundan las mias que me veo en un conflicto para saber cuál escoger: basta leer los mejores libros que desde unos treinta años se han dado á luz. Una misión tuvieron los tales sofistas, y la cumplieron; no es arquitecto el derribador, y no con amontonar ruinas se sirve al porvenir, que aprecia á los hombres más bien que los coetáneos, del mismo modo que con el método de Schroter se miden las montañas de la luna con más exactitud que las de nuestro globo.

Se dice que pasarán de moda las ideas de orden y fe, que son vulgares hoy día, cual pasaron las de destrucción é impiedad. Allá lo

veremos: entretanto estoy por aquel proverbio del Senegal, *que el ponerse delante del sol en nada estorba su carrera*.

¿Y los Griegos? ¿y los Romanos? ¿qué culpa he tenido yo en dudar de la justicia y libertad de un pueblo (diré con Dupin) tan ensalzado por sus virtudes, como si hubiera virtudes capaces de suplir la humanidad! En vida de un esclarecido Italiano, que veneraba yo como un maestro y quería como un padre, sostuve con él largas y vivas disputas con motivo de aquel gran pueblo, que jamás podría ser demasiado admirado como inventor de la ciencia del derecho: tuve después que refutar sobre el mismo punto las recriminaciones de cierto crítico bastante cortés para merecer una respuesta (1), y no tuve que modificar mi juicio. Y diga cualquiera que se ponga en el mismo punto en que me puse yo, si puede sentirse mucho semejante civilización; vea cualquier buen Italiano cuán nocivo fué á la felicidad y hasta á la existencia de nuestra patria el pensamiento de recomponernos bajo el tipo de los Romanos.

(1) Véase una *Explicación* en el *Ricoglitore* de 1837, tomo I, pág. 387. Allí concluía yo así: « Como ciudadanos, creíamos poder ser respetados en nuestras creencias; como miembros libres de la república literaria, no nos creíamos obligados á sacrificar á los grandes potentados del día la integridad de nuestras convicciones; como hijos del siglo XIX, creíamos poder ver, cuando menos tanto como las demás opiniones, tolerado el Cristianismo. Empero repito que no nos dolemos de los contrastes; mucho más grato nos sería que, en vez de declamar é injuriar, se nos instruyera y persuadiera; pero no somos hombres capaces de desviarnos de un camino, que se cree bueno, con motivo de una desaprobación proveniente de alto lugar, ó de astutas persecuciones, ó tal vez peor. Cuando convencidos de que decir la verdad, que uno sabe, es no solo un derecho, sino también un deber, entramos en este camino, una voz amiga oímos gritar: — « Tal vez parecerán vuestras palabras pesadas á unos, inconvenientes á otros, ridículas á estos, hipócritas á aquellos. ¿Qué importa? ¿Hacen algo acaso al triunfo de la verdad los criterios de los hombres? ¿Qué son las contradicciones ó las quejas amenazadoras á uno de sus amigos, si se comparan con los dolores y las guerras de la humanidad? De parte de los hombres ninguna ayuda aguardéis; y aun de parte de los amigos aguardad más amargas que de parte de los enemigos. Interpretarán vuestras palabras al revés; leerán con el entendimiento lo que debe leerse con el corazón; sacarán del contexto una ó algunas pocas sentencias, y después de haberlas infundado de odio, se valdrán de ellas para pronunciar un fallo sobre la obra entera; querrán que aduléis y adoréis sus pasiones y errores; serán más recelosos, más débiles, más intolerantes que los enemigos; si en algo sois de contrario dictamen al suyo, os han de tratar de necio ó hipócrita; desconociendo el bien que hayáis hecho, ó cuando menos deseado, frios y burlones, os abandonarán en medio de la necesidad, y huirán de vosotros en caso de peligro; moverán contra vosotros las iras y sospechas, os harán la guerra con un lenguaje hostil, os calumniarán. Pero en todos estos casos no deberéis manifestar ni extrañeza, ni ira, ni descaecimiento mayor. Y bastante os desquitarán la compasión y el afecto de las gentes de bien, y la esperanza del bien futuro, y el gozo del bien hecho, el espectáculo de la naturaleza, que enamorada os está mirando y alentando al amor, y finalmente las continuas inspiraciones de vuestro secreto dolor. »

» Á quien así nos estaba hablando (y no era nuestro maestro de retórica) clamábamos: .

¡Oh alma desdeñosa,
Bendita la que contigo se une!

» É libamos continuand nuestro viaje por el desierto, y al salir de Egipto, sabíamos que había un mar Rojo que atravesar, y 40 años de errores, y poca esperanza de alcanzar la tierra prometida, y ¡aun dichosos si desde las cimas de la montaña nos es dado saludarla, como la que deberá servir de descanso á nuestros descendientes! »

Molido por la malevolencia, por la burlona frivolidad y la pedantesca arrogancia, no diré con el autor latino: *Nada me pone tan fastidiado como la severidad de los holgazanes*. No: hasta la edad decisiva de mi porvenir, á mi costa conocí que no es lícito pedir que no se crea bajo su palabra á un acusador, y pensar que tiene culpa quien dice un baldón. Para el siglo presente á antigüedad huelen máximas tales. En el actual, con la necesidad universal no de saber, sino de hacer ostentación de saber, el que se descubre al público, tiene que resignarse á las palabras más caprichosas y contradictorias; y yo las he sufrido. Uno me halló de una surabundante erudición, y otro de una escasa; este, harto osado en la declaración de mis sentimientos, aquel, por el contrario, harto vasallo de la autoridad; uno me tenía por un creyente soberbio, otro por un religioso inexacto; al paso que este se quedaba admirado de que buscara yo en la Biblia noticias de artes y de industria antigua, aquel hubiera querido que no hubiese yo dejado ningún milagro, ninguna prueba de la revelación, y que, á semejanza de la historia de los eruditos ingleses, me metiera yo sin cesar en probar la verdad genealógica del libro sagrado, absolutamente lo mismo que si fuera una cosa arreglada para contentar la curiosidad. Los más insistieron en enumerar y exagerar las dificultades de toda especie, que desde su principio ya debía hallar mi libro, y peores (decían) las tiene que hallar en adelante, y por ahí infirieron la absoluta imposibilidad de la obra: sin embargo, viendo que va siguiendo, ha habido algunos que han dicho que estaba hecha por una sociedad, y que yo no hacía más que poner mi nombre; creencia que demasiada honra haría á mi trabajo, si no fuera más tonta aun que maligna, visto lo conocido que tienen mis conciudadanos, y por cierto demasiado, mi estilo, mis ideas, mis obras anteriores, con las cuales y con sobrado motivo me conviene mostrarme conforme hasta el cabo (1). En cuanto al que se espanta con obstáculos tan crecidos y sin embargo sobrado ciertos, le agradezco su ansiosa solicitud, prueba de cariño; pero sépase que jamás he tenido el defecto del miedo; que por demás esperaría yo que se me creyera, si no tuviera bastante confianza en mí mismo; que siempre del desaliento más bien que del obrar francamente nacerán los peores vástagos, y que no es el porvenir para ánimos limitados, ni para corazones que escasa confianza tienen.

En punto á religión, mostramos el gobierno de la Providencia y la necesidad de la autoridad, pero celosos de manumitir el libre arbitrio y el libre modo de pensar (*); fuimos sin em-

(1) Doy las más vivas gracias al caballero que en el *Annotatore piemontese*, confrontando sencillamente mis doctrinas de ocho á diez años con las que presente en la actualidad, demostró su identidad.

(*) Pio IX acaba de condenar el libre modo de pensar.

(Nota del Traductor.)

bargo denunciados no solo á la Inquisicion, mas tambien al raciocinio filosófico, y á aquella y á este solo tendrémos que pedir que distingan los tiempos.

¿Qué dirémos de los que, no solo sin tomar ninguna de las precauciones que toma todo hombre honrado, sino tambien con la mas mala fe, ó por medio de infames sugerencias, alterando lo que he escrito, se nos vienen echándonos acusaciones, que en mi país son delatadas á otros tribunales que los literarios? Pero en el extranjero se nos ha hecho la justicia que va nuestra profesion de democracia acompañada del aborrecimiento del desórden, nuestra confianza en el progreso unida con el sentimiento de una decadencia originaria irremisible, que nos impone la obligacion de luchar y volvernos mejores.

De mi vida y mi libro desdicen bajezas en distinto sentido, que sin embargo son no solo coetáneas, mas tambien acordadas (*); pero ¿cómo es posible no sentir en el fondo de mi alma que entre mis paisanos hallára eco cierta voz vil escogida para tacharme de cobardía, sin ni siquiera reparar de dónde salió ni á quién iba dirigida?

Perdonadme, lectores, si os hablo de acusaciones y excusas por mas que sea yo el primero que sepa que debe un libro convencer por sí mismo, y que es el mundo cual debe ser para una obra penosa, es decir, ardua y difícil. Pero considero como una de las peores miserias italianas esta cruel alternativa, ó un silencio digno que ni aprecia ni entiende el vulgo, ó una baja polémica, en la cual desparrama sus fuerzas y su tiempo, y lo que es mas grave todavía, sus afectos, el que se siente la capacidad ó cuando ménos la voluntad de emplearlos con mas provecho en otras cosas que no sean discusiones.

Podría sin desprecio y sin rencor hablar de unos cuantos críticos, que sin embargo de ocuparse de otros estudios de grande entidad, tienen la bondad de juzgar, despues de echada una ojeada, de qué modo debia obrar, decir y disponer el que por el espacio de muchos años habia meditado un punto, mas tambien examinar mi trabajo con ciencia, y aconsejarlo con buena voluntad. Cuando publicaron los Ingleses su inmensa *Historia universal*, pusieron á examinarla Baumgarten y otras grandes ilustraciones, añadiendo, corrigiendo, rectificando opiniones, fechas, citas, acontecimientos. ¿Cuántos y cuán grandes frutos hubiera yo conseguido si (á mas de que abria mi empresa un campo en que podrian trabajar muchos con un fin elevado) se hubieran puesto los periódicos de mi país, en atencion á mí, á tratar con una ciencia nada mercenaria y una conciencia libre algunas de las mil cuestiones históricas susci-

(*) Anunciaron los periódicos de la época una sociedad de jóvenes milaneses que pagaban un salario á una persona venal para que escribiera contra esta obra.

tadas en un trabajo que toca al saber universal? Con la grata satisfaccion que se halla en el cumplimiento de un deber, habria yo hecho justicia á la verdad, que es mi fin, y ó bien habria confesado y enmendado mi error, ó bien me habria regocijado de la victoria en los debates en los cuales halla gusto el vencedor, é instrucion el vencido.

¿Qué ventaja para mí, qué gusto para ellos, qué utilidad para los aplicados al estudio, si, con la generosa imparcialidad que nace de la nobleza y elevacion del corazon, me hubiesen ellos señalado mis errores, encaminado hácia la verdad, corregido en un modo de pensar injusto! Se han reido de mí; y hasta me han calumniado en lo que mas caro y sagrado tiene un hombre; han (si no han hecho mas para justificar su magistral severidad) adulterado mis palabras, fingido cosas que jamas he dicho, supuesto intenciones que jamas he tenido; han confundido los excesos de un principio con el principio mismo; pero raras veces me ha sido dado hacer justicia á sus sentencias, no hallándolas sinceras, á no ser por casualidad cuando me imputaban en general ignorancia, presuncion, — y la culpa de no pensar lo mismo que ellos, de no haber obrado cual hubieran ellos obrado.

Pero algunos buenos amigos, movidos del cariño que me profesan, se han encargado de brindarme, sin echar mano de inciensos que embriagan, ni de injurias que desaniman, todo cuanto hubiera podido hacer la sabiduría de muchos Zóilos y algunos Aristárcos para ayudarme y corregir mi ignorancia ó mis errores. Y hasta el desesperado furor de unos cuantos, no contra mi libro sino contra mi persona, sirve de seguridad al público, de que, léjos de entregarme á la cómoda indolencia de quien no se ve rodeado de contradicciones, deberé estar siempre mirando con atencion y esmero cada máxima mia, cada una de mis palabras, como á quien consta que cada una de ellas tendrá que pasar por la requisitoria de un fiscal ó por la irreparable sevicia del sarcasmo.

Y sea cual sea el éxito de mi trabajo, estén seguros mis paisanos que no ha consistido en mí el arreglarlo mejor. Tácheme de ignorante, y el conocer mi error será para mí el principio de la enmienda; pero señale la obra, que ha sido el objeto de todos mis trabajos anteriores espontáneos, á que se aplicará toda mi virilidad, señale, digo, el punto mas alto que pudiesen alcanzar mis fuerzas, y jamas tenga nadie motivos para decirme: *Mejor podias hacer*.

Por fin, espero que quien, no parándose en la corteza de lo que lee, lleva mas adentro su mirada, habrá visto y aprobado el fondo sobre el cual y para el cual estoy construyendo. Se me tacha de adular al pueblo. Bien puede ser; pero añádase que no pueden inducirme á ello ni lisonjas ni esperanzas. En esta vasta conciencia del pasado y del porvenir aspiro á curar la idolatría del buen éxito, de la grandeza, de la

fama; han dicho que en esto he ido demasiado léjos; y puede muy bien ser así, como hartó á menudo sucede á quien lucha contra un error tan antiguo como funesto; pero confiesen que he tenido cuidado de no instituir mis convicciones personales á los argumentos y hechos, distante como éstos de la irreverente terquedad y de imponer arbitrariamente mis creencias á los demas. No es cierto que rebaje yo á los antiguos para ensalzar á los modernos; ¡tengo verdaderamente motivo para jactarme de ello! pero creo y tengo fe en el progreso de la sociedad humana; respeto el tiempo pasado porque ha engendrado el tiempo presente; considero con admiracion el tiempo presente, tanto por

el mismo como por el porvenir que está presagiando; si descubro las desgracias antiguas, solo es para fortalecer en medio de las del día de hoy; propongo lo mejor como un fin indispensable, el progreso como una ley de la humanidad, como un deber de cada ciudadano; y exhorto á cada cual, como cosa de obligacion, á que lleve su piedra al edificio creciente de la prosperidad social.

¿Habré yo llevado dignamente la mia?

Milan, febrero de 1839.

C. CANTÙ.